

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

AÑO XI

✻

BARCELONA 3 DE MAYO DE 1900

✻

NUM. 493



—¿No hay quien me acompañe á la Exposición?

MIS MUJERES

LA GITANA

II



UEBRADO el terreno por donde corría á la sazón la diligencia, no era posible mantenerse un instante en reposada actitud. En el ministerio del Ramo guardaba aquel camino el pomposo nombre de carretera; érase una barranca horrible, que ya no servía para desagüe, y que en los días de lluvia, libre del ímpetu de los torrentes, solía convertirse, sin embargo, en charca cenagosa. Iba bordeando una serie de montículos, y no faltaban en ella hoyos, piedras y aun rocas. Veíanse á lo largo grandes montones de grava, prueba indiscutible de que para la conservación y entretenimiento figuraban en el presupuesto partidas con que atender á ingenieros, capataces y peones.

Manteníase aún la doncella de pie, sin haberse repuesto de su asombro, cuando una sacudida en que estuvimos á punto de ponernos el coche por montera le obligó á perder el equilibrio, y á dar de cara, con las manos extendidas, en mis brazos. Tal fué el susto, que pasó los suyos por mi cuello agarrándose febrilmente; pegó su rostro al mío, y no creo exagerar ni caer en el extremo de la hipérbole si afirmo que aquella pesada carga que sobre mí venía me pareció de plumas y que hubiera deseado yo que allí se interrumpiera el curso de las horas para gozar sempiternamente de tanta delicia y tanta emoción juntas.

Entonces fué el fijarme en las gracias y atractivos de la mujer. Era una morena preciosísima. Tez que parecía tostada por el sol; ojos negrísimo, de pupila ardiente; algo fruncido el entrecejo; sedosas y largas las pestañas; narices abiertas como si olfatearan el aire; boca breve, de labios carnosos, sensuales; hoyuelo en la barbilla; muchos rizos, despeinados ahora, cayendo con soltura sobre la frente y las sienes, y caracoleando hasta las mejillas frescas, aterciopeladas, cubiertas de vello invisible, sutil. Profusión de curvas en el cuerpo gallardo, en que la carne privaba con todo el imperio de su gentileza y majestad.

Como si temiera que me oyesen, con voz apagada, casi al oído, y estrechándola más con la inconsciencia del instinto, que por deseo libidinoso, murmuré:

—No tema... no es nada; aquí está usted segura... un poco de sobresalto que pasará en seguida.

Sin despegar los labios en que desmayó un suspiro, la pobre muchacha se dejó caer poco á poco en el asiento, ladeándose, pero sujeta todavía á mí. Conocióse que no había recobrado aún la voluntad. Me miraba con recelo y con no sé qué persistencia curiosa. Queriendo tranquilizarla, le expliqué lo ocurrido y lo hecho para que saliese en bien de aquel trance doloroso.

—¡Tan obscura como estaba la noche!—replicó con marcado gesto de tristeza.

—Tan obscura, que no sé cómo se las compuso ese barbarote de Ruperto para verla á los piés de los caballos. Lo esencial es que está usted salvada. ¡Qué horrible viaje, si en lugar de tenerla así como la tengo ahora, á mi lado, con tanta vida que es una bendición, la viese sin aliento, perdido para siempre el encanto incomparable de su juventud!

La joven rompió en sollozos, y con tal desconsuelo, que no se diría sino que lamentaba la fortuna de haber salido gloriosamente de la catástrofe. Fué como una revelación.

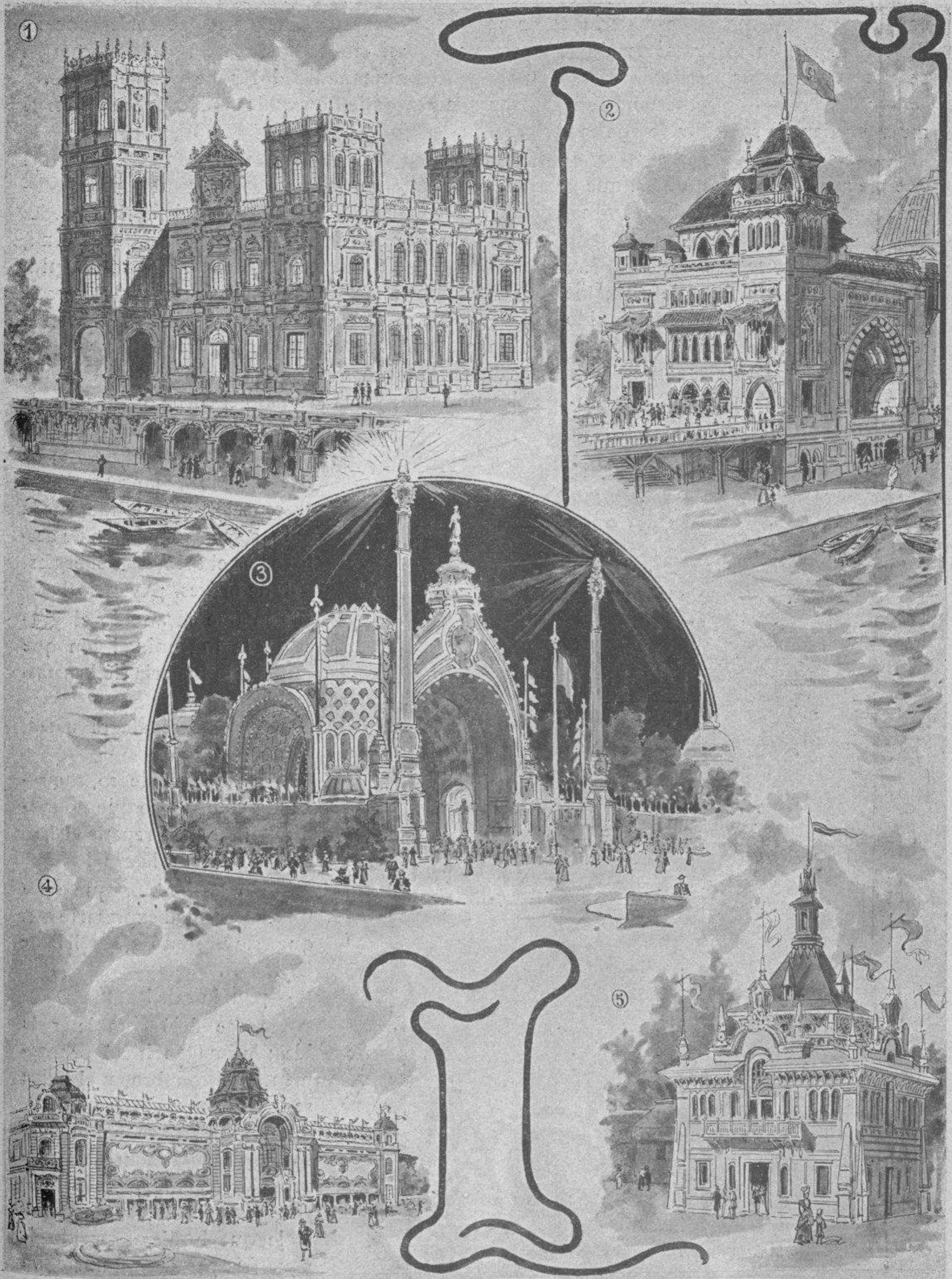
—¿Quería usted morir?—pregunté.

Levantó la cabeza, fijó en mis ojos una mirada relampagueante, anublada por las lágrimas, húmeda, y contestó resueltamente:

—Sí.

—¡Qué asombro el mío! ¡Qué pasmo! No entendía yo bien lo que era la muerte, y menos

LA FERIA DEL MUNDO



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

1: Palacio de España.—2: Pabellón de Turquía.—3: Puerta Monumental (Entrada principal de la Exposición).—
4: Palacio del traje.—5: Pabellón del Transvaal.

La Saeta

aún que una criatura deseara malograr por sus propias manos la ventura de vivir. ¿Señor, Señor, qué tristes infortunios guarda la existencia para que á los diez y siete años se piense en el aniquilamiento de la materia como en un bien inestimable? Leía yo por entonces á Schopenhauer, en mis ratos perdidos, y protestaba, casi sin comprenderlas, de sus amargas pesadumbres, de sus acerbas ironías. Aquella prueba humana del dolor me sacó de quicio.

—¡Mentira!—dije contestando en alta voz mis pensamientos mudos.—No puede desear la muerte quien no sabe aún lo que es vivir.

—No entiendo yo esas cosas que usted habla; sólo sé que he deseado con toda mi alma que me atropellaran las mulas; que pasaran las ruedas por mi cuerpo, destrozándome. ¡Virgen, y qué muerte más dulce! Sin sentido, sin conciencia, sin ver que allí acababa todo. ¿Sabe, señor? Fué como un arrebató loco... loco, eso: yo estaba allí, en mitad del camino, atontada, *talmente* que si me hubieran dado un golpe de maza en la cabeza. De pronto, ¡tin, tin, tin!, las campanillas del tiro; me sonaban como si me llamasen: ¡tin, tin, tin! Ahora se despierta en mi cerebro aquel sonido tan raro. No se veía aún la diligencia. Luego, en el recodo, apareció la luz del farolillo: también era una luz que tenía voz y me llamaba, me llamaba. No sé darme cuenta de lo que pasaba entre mí; como si estuviera borracha, me puse á un lado, me agazapé para que no me descubriesen, y cuando pasó el coche dí un salto de

fiera, un salto horrible, que era igual que ponerse al borde de este mundo y lanzarse fuera, al espacio, ahí donde rueda todo, soles y planetas... Se acabaron en el brinco las energías, y dí de bruces. ¡Ay, Dios!

Teníame encantado el grajeo y la ingenuidad con que contaba la historia de la catástrofe.

—Y ahora se alegra usted, claro...

—Nó, no me alegro, me resigno; comprendo que no tendré fuerzas para repetir el lance. ¡Arriba con la cruz!

—No le digo, porque sería una vulgaridad expresarlo así, que estoy pronto á servirle de Cirineo...

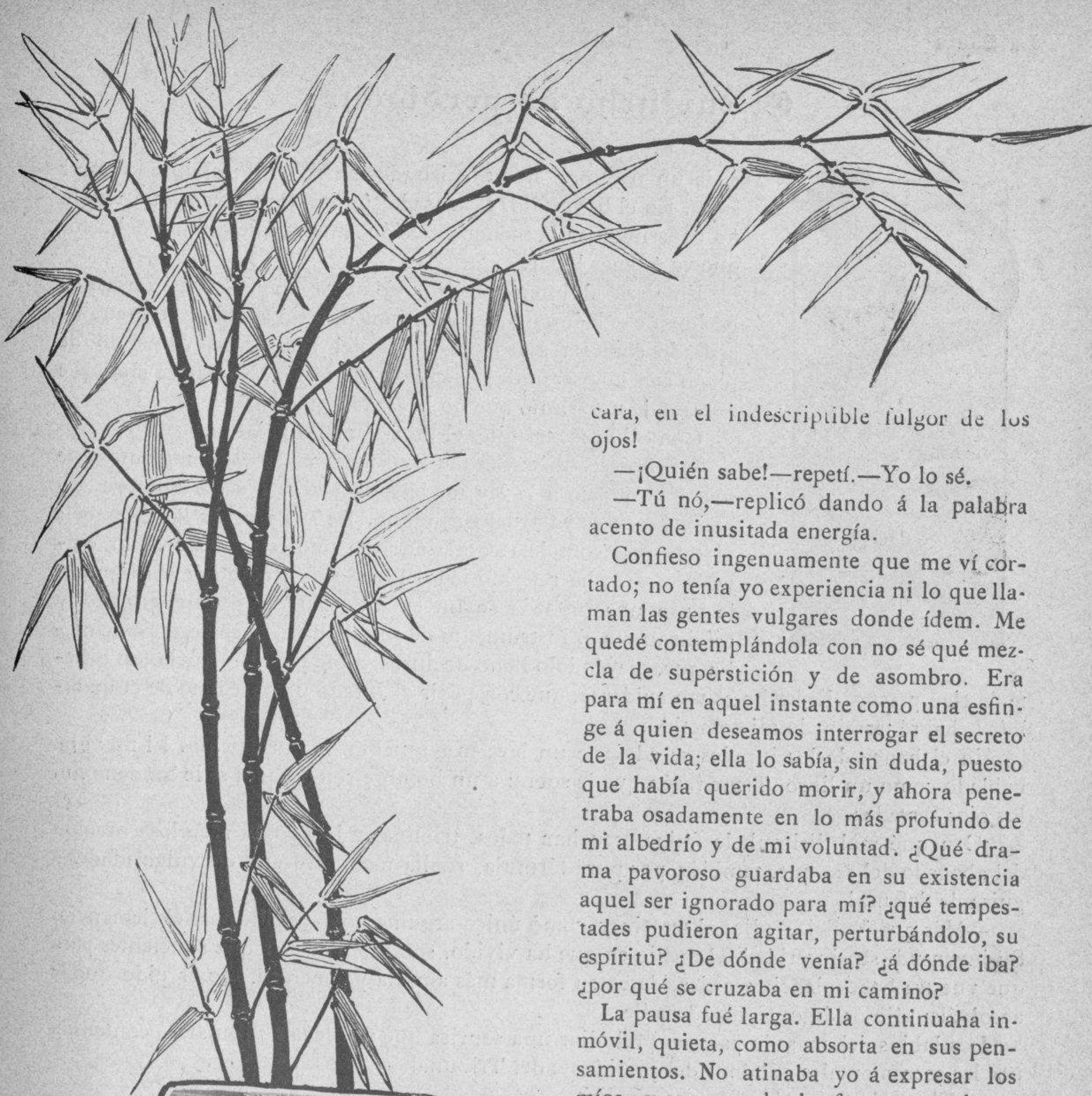
—¡Quién sabe!

No me dejó completar la idea; la imagen hirió prontamente mi cerebro, y el golpe se tradujo en una frase vulgar, que yo hubiera reducido, acaso sentimentalmente, á una proposición más culta. Interrumpida de otro modo, es posible que hubiese servido de agua fría para dar al traste con mi entusiasmo, pero ¡de aquel modo! ¡diciendo *quién sabe*, con vehemencia, expresada en el acento, en el mohín de la



Hay ojos que piden risas,
hay ojos que piden besos;

los tuyos, graciosa niña,
son de esos.



Capricho japonés

cara, en el indescripible fulgor de los ojos!

—¡Quién sabe!—repetí.—Yo lo sé.

—Tú nó,—replicó dando á la palabra acento de inusitada energía.

Confieso ingenuamente que me ví cortado; no tenía yo experiencia ni lo que llaman las gentes vulgares donde ídem. Me quedé contemplándola con no sé qué mezcla de superstición y de asombro. Era para mí en aquel instante como una esfinge á quien deseamos interrogar el secreto de la vida; ella lo sabía, sin duda, puesto que había querido morir, y ahora penetraba osadamente en lo más profundo de mi albedrío y de mi voluntad. ¿Qué drama pavoroso guardaba en su existencia aquel ser ignorado para mí? ¿qué tempestades pudieron agitar, perturbándolo, su espíritu? ¿De dónde venía? ¿á dónde iba? ¿por qué se cruzaba en mi camino?

La pausa fué larga. Ella continuaba inmóvil, quieta, como absorta en sus pensamientos. No atinaba yo á expresar los míos, y era grande el esfuerzo que hacía para lograrlo.

Por fin, encontré la interrogante:

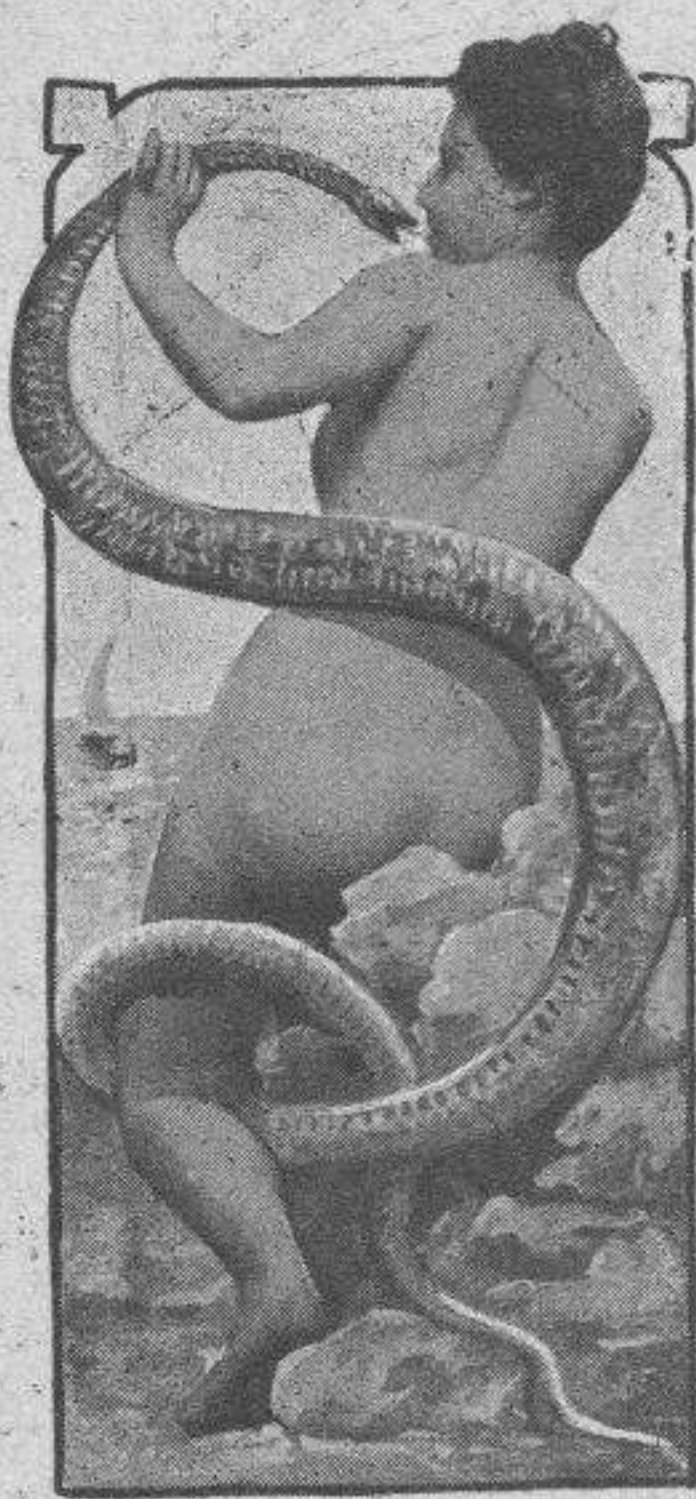
—¿Yo nó?—dije,—¿yo nó? ¿y por qué nó?

Levantóse; se irguió; me cogió las manos; ¡oh escena indescriptible!; puso su rostro tan junto al mío, que casi rozó su cara con mi cara, su boca con mi boca (y sus ojos apartados de mis ojos eran los más cercanos), y repuso:

—Porque... porque tú eres tú... y yo no soy yo... tú eres hombre... yo soy mujer... y no soy mujer... yo soy... yo soy gitana.

J. F. Luján

El cartucho de perdigones



ALA de un tribunal. Los magistrados en su sitio; el Jurado en el suyo. En el banquillo, el acusado; un hombre joven, que revela no experimentar la menor emoción ante la solemnidad del acto, que va á tener lugar.

Empieza el interrogatorio. Cómo se llama, si es verdad el hecho que se le imputa, en qué forma ocurrió aquello, etc., etc. El acusado contesta á las preguntas del presidente, cantando de plano con una serenidad exenta de afectación. No parece sino que se trata de un asunto que no le atañe á él.

Cumplido ese trámite, el fiscal toma la palabra.

—Señores,—dice:—es tan fácil mi tarea en este momento, que sólo por respeto á la ley me levanto á acusar á ese hombre. Su delito no exige ya prueba ninguna. De sus propios labios habéis oído la más completa confesión que pudieseis desear. Sin embajes nos lo ha referido todo. Llevó un cartucho de perdigones, le puso una moneda en un extremo para facilitar el engaño, y así dispuesto el instrumento de su falsedad, lo entregó á un infeliz que, creyéndolo lleno de duros, dióle por el cartucho un bille-

te de cien pesetas. El hecho es tan evidente, que con pedir al Jurado un veredicto de culpabilidad, habré terminado mi cometido.

En el banco de los jurados se advierte un leve movimiento de aprobación. El fiscal ha hablado como un libro. Tiene razón que le sobra: á un hombre como aquél se le condena con los ojos cerrados.

¡Con qué mal disimulada fatiga escuchan todos, tribunal y Jurado, la premiosa oración del abogado del reo que, también por pura fórmula, suelta media docena de vulgaridades á guisa de defensa!

—Más que justicia,—dice al terminar, como único argumento,—os pido para él clemencia. Su juventud, su sinceridad, el medio en que ha vivido, son motivos más que suficientes para que vuestra benevolencia sea ejercida en su forma más amplia y generosa. No os pido que le absolváis; sólo os digo: Compadecedle.

Los labios del acusado parecen preludiar una sonrisa que no llega á dibujarse, contenida por las sacramentales palabras del presidente del Tribunal.

—¿Tiene el procesado algo que añadir?

—Sí, señor.

—Diga usted.

—Que soy inocente.

El presidente alarga el cuello sobre la mesa, como temiendo haber oído mal.

—¿Ha dicho usted inocente?

—Y lo repetiré mil veces.

—Pero ¿no ha confesado usted haber preparado el cartucho de perdigones en la forma que aquí se ha dicho, entregándolo después á un incauto, que lo creyó lleno de duros?

—En efecto, pero lo hice creyendo que esto estaba permitido.

—¡Qué barbaridad!... ¿Cómo pudo llegar á suponer semejante cosa?

—¿Cómo? Viéndolo hacer á todo el mundo.

—¿Qué dice usted?

—A todo el mundo, sí, señor, sin excepción ninguna. ¿Quiere el tribunal que lo demuestre?

—¡Sería muy curioso!...

—Aquí tiene usted á esos señores jurados. El primero, que es zapatero, al fabricar el calzado con materiales malos, cobrándolos como de superior calidad, ¿no hace el cartucho de



¿Quieres ver de tu collar
las perlas morir de envidia?
Enséñales las que escondes
en tu boquita divina.

La Saeta

perdigones? El segundo es tablaiero. ¿Cuántas veces, vendiéndonos carne averiada ó aderezada con nivelina, nos da asimismo el cartucho? El otro, tabernero, nos endilga sus perdigones con el vino aguado. Y el panadero, con el pan falto de peso. Y el sombrerero, con sombreros del país disfrazados con etiqueta inglesa. Y el...

—¡Basta!—interrumpe el presidente, agitando gravemente la campanilla:—Puede usted sentarse. Los señores jurados, al pronunciar el veredicto, no dejarán, seguramente, de tener en cuenta su peregrina teoría.

Y así sucede. Después de brevísima deliberación, el Jurado contesta: Que el acusado es culpable; que su intención fué indudablemente muy maligna, y que hay que cargarle todas las agravantes imaginables. Y no contesta que debe fusilársele, porque nadie se lo pregunta.

Leída la sentencia, en que se condena al procesado á una atrocidad de años... y un día de presidio, los señores del Jurado, terminada su hermosa misión, se retiran con paso majestuoso.

Ni el zapatero, ni el tablaiero, ni el tabernero, ni el panadero, ni el sombrerero, dicen una palabra.

Pero todos piensan lo mismo:

—Que yo haga *eso* de los perdigones... bueno; pero ¡que lo hagan otros!... ¿Adónde iríamos á parar?

ADOLFO PALMA

LOS JUEVES

POR CLAUDIO UGENA

Los ministros declaran muy formales (refiérome á los nuevos, los novísimos) que las horas transcurren muy de prisa, sin dejarles ni tiempo ni respiro para darnos los frutos del cacúmen que en su obra Dios les concediera pío: ¡están muy ocupados en la ruda tarea de pensar que son ministros!

¿Pero ustedes acaso se figuran que un proyecto de ley es como un higo, que no hay más que extender el brazo para verlo en el puño descansar cautivo? Lo que falta saber es si esos próceres han plantado ya el árbol, que es lo mismo lectores que decir, si son ideas lo que no atinan á soltarnos ¡Cristo! (1).

Ha dicho *El Imparcial* ¡Dios se lo pague! que no es el pueblo pueblo cuando salta con furia al redondel, y á botellazos riñe incivil descomunal batalla, dejando á los toreros y á la bestia en la duda más triste y más liviana: si son ellos los bárbaros incultos ó bárbaros los otros, los que pagan.

Aquí la distinción está bien hecha (y en el pueblo me incluyo, cosa clara); no vamos todos á los toros (digo, sólo por fuera he visto yo la plaza), el pueblo es el que aplaude, no el que grita, *tratándose* de diversiones gratas, y si en esta ocasión parece bárbaro, culpo á la diversión porque es muy bárbara.

(1) Es ripio, ya lo sé; pero señores,—¿no son ripio también esos ministros?



Antepuerto de Barcelona

Historia de un tipo

(IMPRESIONES DEL NATURAL)

I

LOS MESES

MIRADLE: rendido por el cansancio se ha dejado caer sobre el umbral de esa puerta y muy poco ha tardado en dormirse.

Es *Juanillo*, el vendedor de periódicos, el que tantas veces nos ha ofrecido el diario con «los últimos telegramas,» á la entrada y salida del teatro y en las puertas del café; el que recorre esas calles de Dios pregonando los sucesos más importantes del día, apenas se publican los diarios de la noche... *Juanillo*, el chichuelo de cuerpo raquítico y carita pálida, tan pálida que parece que la sangre no circule debajo de aquella piel; pero de espíritu valiente y vigoroso...

Boina mugrienta que de fijo no fué él quien la estrenó, y que lleva metida hasta las orejas; blusita rota, vieja, de color indefinible; pantalones llenos de remiendos, sujetos á la cintura por un cordel; alpargatitas que de puro usadas no pueden ya ocultar los dedos de los piés del *periodista* y un pañuelo de algodón abrigando el cuello, constituyen las prendas de su vestuario externo. No deben ser más de abrigo las interiores; suerte que el frío se compadece de él como se compadece de todos los pobres.

Esta noche sólo ha vendido veinte ejemplares, y aun con mucho trabajo. Es muy joven todavía; apenas si tiene once años, y claro, no puede gritar tan fuerte, ni correr tanto como otros que son ya mayores. ¡Ah, cuando él sea grande!...

Dentro de su manita derecha, que tiene cerrada con fuerza, seguramente estará todo el dinero que le ha proporcionado la venta de los ejemplares aquella noche. Total veinte *perros chicos*. Y, ¡ay de él si los perdiera! ¡Ay, si se los quitaran! ¡Qué riña tan grande de su madre! Son pobres, muy pobres desde que murió su padre: *Juanillo*, apenas si gana nada, porque de día va á la escuela; su madre está enfermiza y gana también muy poco cosiendo blusas y pantalones.



Mayo

Juanillo se ha hecho grande: tiene ya diez y ocho años, pero ya no tiene madre. Hace años que no asiste á la escuela. Su madre enfermó mucho y murió, la pobre. A la escuela no fué más porque decía: «*Pa* lo que soy yo, sé *demasiado*... ¿Si con dos veces que lea el periódico, entiendo *tóo* lo que quiere *icir*?» Además, el maestro aquel era muy antipático; siempre dando consejos (que no hartan), siempre diciendo tonteras y sobre todo, siempre metiéndose en lo que no le importaba... ¡A él con aquéllas, siendo ya un hombre hecho y derecho!... ¡Ah! se me olvidaba. *Juanillo* vive ahora con la Remedios, una chica también *periodista*, del gremio. Y claro está: ¿qué iba á hacer un hombre sólo en el mundo?

Han pasado algunos años más. ¡Cuán de prisa pasan los años así escribiendo!

Juanillo casi no se acuerda de leer, ni casi se acuerda tampoco de su madre. Continúan él y Remedios juntos y vendiendo periódicos; pero el oficio bien mirado, da muy poco, y son tantos los gastos... «¡Qué vida más *perra*! Trabaja, trabaja y total *pa ná*...»

Recorto de un periódico:

«Juan X, vendedor de periódicos, ha sido detenido por haber robado... igualmente ha sido detenida como cómplice del anterior sujeto, una muchacha llamada Remedios T, que vivía maritalmente con él.»

¡Pobre *Juanillo*!

R. HUGUET



PRIMAVERA

Á DON ANTONIO CASTELLÓ

Ya del Norte brumoso por los confines,
el Invierno su triste capuz repliega
y en su carro de flores torna triunfante,
empapada en perfumes la Primavera;
á su beso fecundo todo palpita,
todo fulge radiante, todo se alegra
y hasta el cielo se viste con deslumbrante,
de zafir y de fuego, túnica regia.

Y al par que los celajes se tornasolan,
y las flores derraman su pura esencia,
del cansado cerebro por los rincones,
luminosa y potente, surge la idea;
un hálito divino de ondas vitales,
su raudal misterioso vierte en las venas;
y anegarse en ensueños la fantasía
y en amor el espíritu mira el poeta.

Algo siente en su seno gestar el alma,
la inspiración enciende nervios y arterias,
todo lo que sentimos nos adormece,
todo lo que miramos nos embelesa,
todo lo que soñamos nos acaricia,
y brota en nuestros cantos hecho cadencias,
auroras y crepúsculos, risas y llantos,
realidades y sueños, cielos y tierras.

Columpiado en la hamaca de mis delirios,
mi ser eternamente dormir quisiera,
distanziado de un mundo que no comprendo,
y el que nunca consigo que me comprenda,
ó acabar para siempre la eterna lucha,
en que, autómeta imbecil, luchó á la fuerza,
ya sin cota ni casco que me resguarden
y sin armas ni aliento que me defiendan.

ARTURO REYES



Un capullito

Sátiras

No me han cogido de sorpresa las declaraciones del flamante ministro de Instrucción. (Flamante por el cargo, del cual es autor, y Dios dirá si *autoricida*, el jefe del Gobierno.)

Hace tiempo que conozco al señor García Alix: hemos comido juntos en Cartagena, cosa que nada tiene de particular, porque nosotros, los periodistas más ó menos modestos, más ó menos ilustres, gozamos de esas y otras ventajas: á lo mejor comemos familiarmente con los que van para ministros. Al señor García Alix no se le conocía entonces que picase tan alto; creíamos á lo sumo *sus comensales* que revelaba aptitudes para cualquier dirección, y no exageraré si digo que no fué flojo mi susto al enterarme de que se le concedía la vicepresidencia, casi presidencia, del Congreso. Pero en fin, de menos nos hizo Dios á los pedestres; y á los diputados, que son algo así como plaza montada, no los ha hecho de menos, sino de más. En la ocasión que cito García Alix era *ya* diputado, y nó de los del *cordelito* que mueven la cabeza vertical ú horizontalmente, pero con oratoria, *verbo...* y *gracia*. Además, era él *más* joven, y yo *muy* joven. Otro *ademas* ú *otro sí*, y éste de bulto: no había muerto Castelar, ni habían matado á Cánovas... ni habíamos perdido las *penúltimas* (?) colonias. Parecerá que divago, pero no es así: sin eso, García Alix no fuera ministro, y conste que da quince y raya á Gaset y á Vadillo, y aún á Silvela... marineró.

¿Saben por qué, y á eso iba? Porque García Alix aporta á la situación la única fuerza verdaderamente juvenil, reducida á la fórmula del entusiasmo y de la sinceridad que, para ir por casa gubernamentalmente, quisiéramos. Eso no puede negársele. Discútansele otros méritos, pero nó el de que se haya sentado en la poltrona con la buena fe de un colegial.

Tanto, que ha creído, no me cabe duda, en la facilidad de servir á su patria reformando *liberalmente* el plan de enseñanza, protegiendo las Bellas Artes, único punto luminoso (según he dicho varias veces) de nuestra regeneración, y redimiendo á los maestros de su esclavitud. El programa no puede



ser más sugestivo y tampoco ¡ay! más candoroso. Hasta en lo que conviene á los mentores de la niñez que imagina confiar á la tutela de los Ayuntamientos. ¡Pero si ya se les quitó esa carga porque había monterilla que destinaba los atrasos á correr toros en las calles del pueblo!

La instrucción en España está hecha un emplasto, desde la primaria á la facultativa; los chiquillos se hartan de estudiar en las escuelas y salen poco menos que sin saber leer ni escribir: casi todos lo hacen esto imperfectamente: en los institutos se enseña un latín pedante á los escolares que no conocen su idioma; se les enseña además una porción de asignaturas que no entienden, porque no llegan á las aulas preparados; llenos de rutinas y de prejuicios entran en la Universidad, y de la Universidad salen abogados y médicos que no saben de su carrera sino que llevan el título en el bolsillo. Así está todo. Hasta nuestros periodistas suelen ser periodistas sin ortografía ni gramática, y no hablo sólo de los oscuros *reporters*.

La obra, pues, de García Alix, en el sentido de oponerse á una enseñanza que deja al individuo, si no tan ignorante, más rutinario y en ocasiones más fatuo, la obra, repito, suponiendo que no faltase suficiencia en el ministro para darle cima, fuera plausible; pero... ¡están verdes! no le dejarán meter mano, ¡qué digo mano! ni el dedo, ni la uña del meñique. ¡A cualquier hora le consenten que destruya el edificio coronado por Pidal y cuyos cimientos hechó Groizard, con todo y ser éste, relativamente al primero, casi jacobino! Silvela ha puesto un contrapeso á las actividades juveniles de García Alix: Vadillo. Ya se verá como todo queda en puras letanías.

También le ha dado al ministro de Instrucción por proteger á los libreros, y aún piensa ganarse una estatua en el Teatro, ¡ilusiones! ¿Qué criterio presidirá en la elección de libros? ¿Qué autores irán al ministerio? ¿Habrás índice? No creo que García Alix sea pagano en letras. La literatura ha adquirido entre nosotros una cultura grande; pero sus progresos no son del agrado de ciertos señores; priva aún en determinadas esferas lo que llamaríamos literatura ofi-

cial, muy apañadita, pero muy vana y tonta: por ejemplo, la de una parte de la Academia, donde por verdadero milagro figuran Galdós, Sellés y Picón. ¿Se ceñirá Alix á la absurda, estrecha y parcial historia del Padre B'anco García? ¿O sucederá algo peor, que priven los compadrazgos? Propongo un arreglo: póngase al frente de ello la autoridad de Menéndez y Pelayo, que no puede ser tenido en olor de sospechoso. Y mande éste hacer un verdadero espurgo en todas las bibliotecas nacionales, donde hay mucho farrago inútil y muchos libros que no sirven ni para las librerías de lance. Libros que no se leen, y que leídos, no dejan huella alguna, y si despiertan en contados casos interés, resulta el de un vano recreo, tonto de puro inocente, sin *emoción* ni cosa que lo valga.

No es que falten, en absoluto, ciertas obras que puedan servir de estudio y de ilustración; pero en algunas bibliotecas públicas se ocultan las pocas que hay, se niegan sistemáticamente á la juventud. Ya he dicho otra vez que me costó un disgusto leer en la de Valencia *La Civilización*, de Castelar, y no hace mucho tiempo en la de Barcelona se me aseguró que no tenían á Becquer, siendo así que me constaba lo contrario; tuve que dar mi nombre, que explicar el objeto de mi consulta, y á la postre valirme de un amigo. ¡Todo un señor expediente! Aún así me hicieron pasar á la *rebotica*. ¡Sin duda para evitar el mal ejemplo! Recuerdo también que un señor bibliotecario me dijo al pedirle libros de Larra y de Galdós, que allí no se coleccionaban tales *porquerías*. ¡Que pidiese la *Summa Teológica*! ¡Y después nos salen con que se enseña literatura en el programa! Sin dejar que el estudiante refuerce sus juicios por la comparación y rectifique el texto que le dan insípidamente manido con coles y otras legumbres.

No soy yo de los que protestan de ciertos estudios so color de que ninguna utilidad reportan; nó en mis días. Nunca me han *reventado* los clásicos, y comprendo que Valera se burle donosamente de los que no alcanzan á *digerirlos*, y se irrite contra los que se empeñan en que él tan... ático, tan pulcro, haga, siquiera por una vez, franca declaración de que le aburren y fastidian. Aquella anécdota del Dante, que relatan con verdadera fruición los estúpidos, acompañándose con risas estrepitosas, pertenece á los gansos. Yo he leído al Dante de cabo á rabo estando en la edad en que se juega al trompo. Digo sí, que el latín y el griego se enseña pésimamente, y que para enseñarlo así valdría más que lo suprimiéramos. Pero conste que una cosa es condenar todo desdén hacia el clasicismo, y otra que en los

centros docentes quieran hacernos clásicos á puñetazos. En esto tiene el ministro magnífica ocasión para lucirse.

De las *teatrerías* de Alix habría que hablar. No queda espacio. ¿Qué pretende el ministro? ¿Sacar al Teatro nacional de su postración? ¿Cómo?... Sería curioso que nos expusiera su doctrina.

Pero antes convendría que nos dijera qué es lo que entiende por Teatro, y de añadidura nacional.

Clak

MUJERES DE BUTEN



¿Cómo no gozar mirando
tu bello rostro, morena,

si «hasta se alegran los santos
de ver una cara buena?»

El cazador modelo

(CONCLUSIÓN)

DESPUÉS de algunos días de descanso, volvió Prudencio á reanudar las suspendidas excursiones; pero teniendo presentes los malos recuerdos que conservaba de sus últimas aventuras, quiso ver si en la montaña alcanzaría mejores resultados. Dirigióse por ferrocarril á Moncada y una vez allí, se internó muy de prisa en el bosque. No tardó mucho en encontrarse en sitio dominado por la maleza, y no fué flojo calvario el que le hicieron sufrir las espinas y zarzas. A esto se unió el que poco hecho á pisar por tales sitios, y sin la precaución de haberse puesto un calzadō más á propósito que las botas, el martirio llegó á ser desesperante. Persiguiendo una bandada de perdices, se apartó de la estación tan largo trecho, que le fué imposible poder volver á ella, por lo atropellados que sus piés habían quedado. Si calzara con alpargatas nada le sucediera, pero así, se vió obligado á echarse á la orilla de la carretera que conduce de Moncada á Barcelona, con el intento de pedir auxilio al primer traginante que le deparara la fortuna.

Poco rato hacía que esperaba, cuando acertó á pasar en la dirección que deseaba, un carretero; llevaba en su vehículo una caja llena de abono para las tierras, que por cierto repartía un olor muy diferente del que regalan las rosas en el agradable Mayo; pero lo que le interesaba á Prudencio, era llegar á casa aquella misma noche. Movidó á compasión el

EVA FRUSTRADA



—¡Dios mío! ¡Aún no hay manzanas!

gañán, se avino á recogerle ofreciendo transportarle hasta su domicilio. Prudencio no aceptó esta última parte de la oferta porque no se atrevía á que le transportaran sentado encima de una carricuba por las calles de Barcelona.

Don Marcelo, al ver á su hijo otra vez tan desmedrado, consideró oportuno reclamar el apoyo y la experiencia de su amigo Casildo; lo mejor sería que saliesen juntos hasta que el mancebo estuviera adiestrado y supiera sortear los peligros y percances de la afición cinegética.

Don Casildo, que como ya es sabido era un cazador de los más famosos, manifestó á don Marcelo que en su opinión debían destinar varios días á la cacería, si ésta había de reportarles algún provecho.

Llegado el día que se fijó, dirigióse en tren á Manresa, y casi sin descansar, pusieron manos á la obra. Prudencio estaba que no cabía en sí de gozo, y ni la promesa del cielo le habría puesto tan ufano y tan lleno de satisfacción.

Dieron principio á la batida, y á los pocos minutos, hicieron volar una bandada de perdices. Don Casildo, con recomendable maestría, les envió la primera cuenta de las que llevaba preparadas, y el resultado fué que Pru-



dencio pudiera recoger gran número de aves que pasaron á adornar su zurrón.

—¿Por qué no ha disparado usted?—observó su compañero con enojo.

Al poco rato, y casi tocando los piés de Prudencio, saltó una liebre, en la cual hubiera podido cebar los perdigones, mejor que en las perdices, pero tampoco demostró su habilidad. Acudió el compañero á remediar la torpeza y la liebre se vió atajada por un golpe certero en su veloz huída. También pasó esta pieza á la espalda del mozo, para quien era muy cómodo calzarse con las glorias ajenas. Otra vez se vió obligado el maestro á observar:

—No es posible que usted logre cobrar pieza alguna sin tirarle, y menos detenerla cuando huye. ¿O quiere usted que se la planten en las narices?

Penetró tanto este segundo aviso en el pobre entendimiento de aquél, y tantos tiros empezó á repartir, sin tino ni mesura, que, por último, obligó á don Casildo á tener que gritarle:

—Prudencia, hijo mío, mucha prudencia, ni tanto ni tan manso; pues mientras que tú nada cazas, me privas á mí también de ello.

Con sobrada razón se lamentaba el maestro, porque antes de que éste se fijara en las piezas, ya aquél les había soltado dos salvas que sólo servían para que si por acaso dormían los animalejos despertaran é imprimieran mayor rapidez á su vuelo, con gran disgusto y desesperación de don Casildo. Cerca del sitio en que se hallaban, existía, en los linderos del bosque, una casa, de la cual habían salido algunos cerditos acompañados de su respetable mamá, que con admirable instinto los llevaba á la sombra de un alcornoque para que se alimentasen con las bellotas que del árbol se desprendían.

La desgracia quiso que Prudencio fijara sus ojos en aquella dirección, y como le pareciera seguramente que lo que hormigueaba entre la hierba y hojarasca debían ser conejos, les disparó aceleradamente y sin tomarse el trabajo de apuntar, bien que su costumbre no era otra;

—¡Ea! La ley que diga lo que quiera. Para nosotras, al abrirse la Exposición, se abrió la temporada de la caza.

La Saeta

pero como se encontrasen tantas cabecitas cerca las unas de las otras, hizo la casualidad que á uno de dichos animalitos le agujerearan las orejas algunos perdigones. El favorecido empezó á gruñir, y como le acompañasen en la infernal algarabía todos los de la manada, ¡no fué música la que se armó!

Salieron los dueños de la casa, y descubriendo á los cazadores y adivinando fácilmente lo ocurrido, arremetieron contra ellos en actitud hostil. No lo hubiera pasado muy bien Prudencio de ir solo: la diplomacia y la astucia de don Casildo venció, tras muchos esfuerzos, de la irritada rusticidad de aquellos campesinos; pero no fué sin graves amenazas para la tranquilidad del joven, á quien con ninaron que no aportara más allí. Para colmo, el contratiempo fué más grave, pues pensaban solicitar que les preparasen el almuerzo en aquella choza y tuvieron que desistir resignándose á continuar en ayunas hasta la hora de comer.

Todo el resto del día don Casildo siguió dando las mejores pruebas de que los perdigones que arrojaba su escopeta iban acompañados de mejor fortuna que los que desperdiciara el cazador modelo. Al día siguiente, recordando don Casildo lo ocurrido el anterior, consideró conveniente dirigir la caza por los viñedos, temeroso de que Prudencio pudiera confundir algún rebuscador de hongos con los gazapos y le descerrajara un tiro en las nalgas.

A eso de las doce, volvió Prudencio á hacer otro blanco.

A través de unos sarmientos, parecióle á Prudencio ver revolotear algún ave, y como le costaba muy poco el disparar, ¡pum! Pero no era caza menor, sino mayor; como que dió el tiro en las orejas de un asno, á quien tocó la lotería sin poseer billete, y que al sentirse maltratado, al propio tiempo que recibió el susto que le causara la detonación, comenzó á bufar y á dar saltos desaforados. Considérese cómo recibiría su amo y compañero tan desagradable y sorprendente visita, en el preciso instante en que empezaba á dormirse después de haber comido. Enfurecido se levantó; pero cuando su furor subió de punto, fué al observar que se regaba el suelo con la sangre que manaba de las orejas del manso pollino.

Jurando como un condenado y echando por la boca espumarajos de rabia, pescó un azadón y fuese contra Prudencio con la intención más aviesa del mundo; tuvo don Casildo que ponerse por delante y dominar primero con amenazas y luego con razones y una propina á la fiera. Desde aquel punto y hora ya no las tenía todas consigo el maestro; aquel segundo atropello le disgustó tanto, y tanto le desanimó, que se decidió á regresar aquella misma noche.

En tales meditaciones se ocupaba su pensamiento, cuando al saltar un pequeño arroyuelo se le disparó la escopeta á Prudencio por causa de su poca precaución, dejando casi ciego el fogonazo á don Casildo; tal se figuró en un pronto, pero por fortuna no fué sino que le deslumbró el fogonazo y le anubló la vista el humo. El susto, sin embargo, fué de órdago.

Aquí sí que dió por terminada la correría, murmurando:

NOTAS PROSAICAS



El primer envío ¡de tomates!

—Como no te procures otro maestro, tarde serás cazador, porque lo que es lecciones de las que pudiera darte el hijo de mi madre, no esperes ninguna más.

Llegaron por la noche á casa y como Prudencio, según sus mañas, iba con el zurrón lleno de las piezas tumbadas por don Casildo, grande fué la alegría y vehemente el regocijo de la familia, en particular del padre.

Ebrio de placer, fué inmediatamente á casa de su amigo, con objeto de darle las gracias y de preguntarle cómo se había portado Prudencio. Don Casildo, que en lo único que seguía pensando era en que vivía aun por milagro, contestó displicentemente que era imposible sacar partido de él, y que en adelante se guardaría de ponerse junto á su escopeta.

—¿Pues y las piezas que yo he visto?

—Son mías, hombre: las de tu hijo pertenecen á otro género y han quedado á disposición de sus legítimos poseedores.

Prudencio, á pesar de su imprudencia, que no le abandonaba nunca, continuó, aunque siempre solo, cazando, y al cabo de muchos años, y de haber sembrado mucha semilla, que por más sazón que conserve la tierra no germentará ¡jamás, conseguía, aun cuando de tarde en tarde, llevar á casa alguna desgraciada pieza de caza. Para ello le favorecía en extremo el tener las piernas incansables, pero por otra parte, le obligaban á tener que cargar con las maldiciones que le enviaban todos los cazadores. Cuando éstos (como suele suceder), no encontraban caza en los parajes que la buscaban, tenían la costumbre de decir:

—¡Si habrá pasado ya por aquí el cazador modelo!

Era parecido en esto al caballo de Atila, pues donde él pisaba quedaba des poblado todo.

JOSÉ COLLADO

PERITA EN LA MATERIA



—Y toma bien las varas el bicho ese...



—Da gusto este perrito... ¡Así quisiera yo á los hombres!

hay algunos capaces de birlarle á uno los calcetines sin tocarle las botas.

¿Qué época será la más oportuna para emprender el viaje? Aun prescindiendo del atraso de las obras, que esta vez es notable, no conviene ir á la vanguardia ni quedarse con los rezagados. El gran mes será el de Junio. En Julio y Agosto la afluencia de visitantes ha de ser tan enorme, que hasta el respirar va á convertirse en un problema.

Buscar alojamiento en sitio cercano á la Exposición, sería pedir la luna. Como puede suponerse, en algunos kilómetros á la redonda no queda para alquilar un solo gabinete amueblado. Hay que ir lejos, muy lejos, y contar con las distancias, y, por consiguiente, servirse con frecuencia de los ómnibus y tranvías, cuyos asientos, por regla general, cuestan 30 céntimos.

Los coches de plaza no son más caros que aquí. Desentendiéndose de las exigencias de los aurigas, que con raro instinto saben oler los *primos*, por una carrera debe pagarse 1'50 francos y 2 por hora, si se toma el carruaje con esta condición. Eso sí; la propina (*pourboire*) es casi reglamentaria: 25 ó 50 céntimos, según el bolsillo del cliente y la conducta que haya observado el cochero.

Antes de empezar las visitas á la Exposición, es preciso estudiar bien su plano y la situación de sus 36 puertas de ingreso. El visitante puede comer en los restaurants vecinos ó en los que en gran número existen dentro del recinto de la Exposición. Y si gusta de la vida campestre, hasta puede hacerlo al aire libre, pues sin salir del lugar del certamen, hallará kioscos dedicados á la venta de toda clase de comestibles y *bebestibles*.

La entrada á la Exposición cuesta 2 francos desde que se abren sus puertas hasta las 10 de la mañana; de las 10 á las 6, un franco, y de esta hora en adelante otra vez 2.

En la primera hora (desde la apertura hasta las 10) los locales están poco menos que desiertos y el visitante se expone á tragar algo de las nubes de polvo que levantan los encargados de la limpieza; pero en cambio se estudia y se observa con tranquilidad y se toman notas sin estorbo de nadie.

Ultima recomendación al viajero. Hállase donde se halle, viva siempre prevenido contra los contradizos y los desinteresados protectores de ocasión. Nunca como al verse rodeado de gente de tan distintas procedencias debe el forastero recordar la frase del filósofo: «Desconfiad de aquellos que quieren servirlos sin conocerlos: su deferencia oculta siempre un lazo.»

Y por hoy, *no va más.*

Consejo de amigo

PIENSA usted ir á París, querido lector? ¿No? En este caso, sin escrúpulo alguno, puede pasar por alto este articulito, que habría de tener para usted tan poco interés como la lista de la lotería para las personas que no han comprado ningún billete.

¿Si piensa ir? Entonces siga usted leyendo. Aunque, según reza el refrán, *del enemigo el consejo*, aténgase por esta vez al del amigo—que lo soy, y tal—y de seguro no habrá de dolerle.

Lo primero que debe hacer todo el que se proponga ir á visitar la Exposición, es echar cuentas. Ríase usted de toda esa monserga de «viajes económicos, combinaciones reducidas, empresas de alojamiento, hoteles internacionales» y tantos otros espejuelos con que se pretende deslumbrar al forastero y darle á entender que París y la Exposición pueden verse por una friolera.

Cierto que en París, como en Londres, como en Barcelona, como en todas partes, el que sólo dispone de una peseta diaria, come, bebe y encuentra alojamiento por una peseta; pero el que sale de su casa para ir á ver la Exposición Universal, no puede ni debe vivir como un *golfo*.

Un cálculo concienzudo y minucioso nos permite asegurar que el viajero que, sin meterse en honduras ni gastos extraordinarios, desee pasársela en París nada más que regularmente, ha de contar con un presupuesto total diario que oscilará entre 25 y 30 francos.

El dinero, si es oro, puede llevarse en moneda española, pero siendo plata ó papel, vale más convertirlo en francos antes de partir.

Los valores y las joyas, para el forastero en París, son mal compañero. Los rateros abundan que es un dolor, y el ejército de *pick-pockets* que de Inglaterra ha pasado á Francia con motivo de la Exposición, es verdaderamente formidable. Meterse en apreturas sin llevar la mano en el bolsillo, equivale á entregarse indefenso á las habilidades de los discípulos de Caco, entre los cuales

ANTES DE LA JUERGA

Bueno usté cruzte á sus anchas y dé usté murga y machaque, que va á sacar lo que el negro del sermón.

—¡Pero, mecachis en los riñones! ¿Tú piensas que puede nunca tu padre darte un consejo que deje de tener miga?

—Sí, es fácil que tenga miga y por eso le ruego que no la gaste en lo que no ha de por más que se esfuerce aprovecharse.

—Escucha aquí piazo escuerdo.

—¿Sabe usté que digo, padre?

—Alguna asná.

—Que en lugar de gruñir y aconsejarme suspenda usté lo primero y se quede usté de gratis con los consejos, que yo voy á hacer mi gusto.

—¡Cafre!

—Ni cafre ni ná.

—¿Qué sacas de la juerga?

—¿Y usté, padre, con tenderse á la bartola tan y mientras que se parte su hijo sacando palillo pa que luego usté se achante uno ú medio y vaya al tute á blasfemar y á chisparse?

—¡Valiente patá!

—Si fuera al revés ¡válgame el catre! me daba usté toos los días más guantás que aonde las hacen.

—Cuidao que tienes la testa casquivana y llena de aire.

—Nó, que voy á ser un quidan sin amistaz.

—Bueno, date á la suela.

—¡De verano!

—¡Y haber como no te traen en coplas!

—Pero le azvierto que si lo encuentro en la calle ú de juerga, le sacudo una paliza por darse tono y renegar de cosas que usté más que otro las hace.

—(Tan bruto es, que pué que lo haga!)

—(¡Este esta nóche no sale!)

LUIS E. LÓPEZ DE HARO



—¿Traspasar un corazón? Nada más fácil.
¡Es una cosa tan blanda!

Miscelánea

Disputábase en un corro acerca de la excelencia de varios ecos.

—En tal parte,—decía uno de los interlocutores,—hay un eco que repite cinco palabras con claridad.

—Pues en tal punto,—le replicaron,—hay otro que repite veinte.

Cansado de oír ponderaciones de ecos, exclamó un andaluz:

—Caballeros, eco como el de mi pueblo no le hay en ninguna parte.

—¿Pues qué tiene de particular?

—¿Qué tiene! Es un eco tan bien educado, que si uno le pregunta ¿cómo estás?, contesta: bien, y usted?

A un procurador de oficio,
le dijo el patán José:

—Como me citen á juicio,
mi hombre bueno será usted.

—¡Yo hombre bueno!—Sí, á fe mía;
yo, ya me entiendo, señor:
para hombres buenos, hoy día,
cuanto más malos, mejor.

Charada

Voy á comprar ahora mismo
al terminar la charada,
un *tercia dos* de claveles
que es una cosa que halaga,
á la bella *dos primera*
que responde por Colasa.
Es de *tres una, dos terciá,*
en *Todo* diz que es casada
y como es muy buena chica
y cumplir á mí, me agrada,
le regalo lo que he dicho
y ella me dará las gracias...

MORENO

Charadístico

1. ^a -2. ^a	1. ^a -3. ^a	1. ^a -4. ^a	
Prenda.	Vehículo.	Edificio.	
2. ^a -1. ^a	2. ^a -2. ^a	2. ^a -3. ^a	2. ^a -4. ^a
Nombre de mujer.	Padre.	Nada.	Fruta.
3. ^a -1. ^a	3. ^a -2. ^a	3. ^a -3. ^a	3. ^a -4. ^a
Masa mineral.	Vestidura.	Nene.	Flor.
4. ^a -1. ^a	4. ^a -2. ^a	4. ^a -3. ^a	4. ^a -4. ^a
Verbo.	Cero.	Masa mucosa.	Nada.
1. ^a -4. ^a -1. ^a	1. ^a -2. ^a -3. ^a -4. ^a		
Prenda.	Substancia química.		

IGNACIO CANAS

Jeroglífico comprimido



JUAN LUQUE

Logogrifo numérico

	2.—Vocal.
5 6.—	Nota musical.
8 7. 8.—	Metal.
1 2 5 2.—	Mueble.
5 2 7 4 2.—	Nombre de mujer.
5 2 7 1 8 3.—	» » varón.
1 4 7 6 2 1 8.—	» » »
1 2 3 4 5 6 7 8.—	» » »

JESÚS Y JOAQUÍN

Soluciones á lo insertado en el número 492.

CHARADA.—Cafetera.

ACRÓSTICO DOBLE.—

G I R A F A
E S C A L A
R A M O N A
O B R E R A
N E V E R A
A L B I N A

TROMPO NUMÉRICO.—Carlos.

SUPRESIÓN DE SÍLABAS.—

VA-LEN-CIA-NO
VA-LEN-CIA
VA-LEN
VA-

Correspondencia

por Clak

J. G. H.—Bueno, pues mire usted: la métrica es, efectivamente, lo principal para acostumbrarse á medir versos y aprender á combinar las sílabas que han de dar á la composición tonos y cadencias distintas: la ley que preside aquí, en esto, no es arbitraria y convencional, como usted se figura. Pero no basta con aprender las reglas de la poética, ni contar, luego de aprendidas, por los dedos. Es necesario también educar el oído, tener el alma vibrante para no incurrir en desacordes, en gritos inarmónicos que crispén los nervios. No para ahí la dificultad. La métrica no pro-

porciona recursos sino para contar sílabas y acentuarlas y para casar, en múltiples formas, consonantes y asonantes: hay que estar muy bien impuestos, por las relaciones que entre sí tienen, de lo que es la cantidad y el acento prosódicos, amén de un fárrago de leyes gramaticales y retóricas que sería ocioso citar en este momento. Sobre eso es preciso dominar el lenguaje para que las palabras no hagan el oficio de cascote. Y sobre eso, en fin, que se refiere á la parte técnica (y dejo de lado todo un mundo de conocimientos referidos á las ideas), tener inspiración.

Con que ya ve usted si es algo difícil *sentar plaza* de poeta. Es verdad que versifican muchos, pero versifican porque prescinden de todas esas dificultades. ¿Y qué? ¿Qué se figura usted que son esos vates corroidos por la lepra de la ignorancia?

Músico.—

¡Oh músico, musiquero!
 Qué mal das á lo que infiero
 en el *do re mi fa sol*;
 son tus cantos de coplero,
 y tienen más de un bemol.
 Déjate de cantos tales
 y no nos hagas reir,
 que por instintos iguales,
 sólo te pueden oír
 con gusto los animales.

P. T. M.—Vaya, que tiene gracia lo que usted dice.

«La mujer, ¿saben ustedes lo que es la mujer? Es un grano de sal que se disuelve en el agua, y luego no hay Dios que la trague.»

¿El qué? ¿el agua, la sal, la mujer? Además con-
 vengamos, querido, en que hay declaraciones fata-
 les que no deben hacerse en público.

N. C.—

Presume cuanto quieras, caro amigo,
 si no te cuesta el presumir dinero.
 dí que eres un dechado de virtudes,
 que tienes además mucho talento,
 que no hay poeta que te tosa altivo,
 ni articulista que te tome el pelo.
 Medra, querido, medra cuanto gustes,
 alcanza fama, honores y provecho:
 mas no te vengas, mi alma, con infundios,
 queriendo que me trague como un memo,
 de los timos que tú haces tan sin gracia
 el mal oculto y miserable anzuelo.
 Que eres un botarate, cosa clara;
 pero no temas, guardaré el secreto.

Lucas.—¿Lucas qué? ¿Lucas Gómez? No puede decir
 uno sino eso al final de su composición. ¡Cuidado que
 es cochina!

P. R. E.—

¡Camará qué manera de mentir!
 ¿Diga, eso para usted es escribir?

H. V.—¡Ay, no puedo complacerle! Si que me gusta
 animar á la juventud, y aun estoy en el deber de ha-
 cerlo, entre otras cosas, porque *yo también* soy joven,
 como dicen los *intelectuales*, y de consiguiente, por
 simpatía de edad, pero de eso á que acorja cuantas
 necedades cometan ó perpetren los jóvenes en verso
 (digo bien, fíjese, porque las necedades no son verso
 ni ná, son necedades) hay una distancia imposible de
 medir. Veo bien claro que usted será un buen indus-
 trial, un buen agricultor, pero un buen poeta, nunca.
 Le animaría, por tanto, si pudiera, á establecer una
 refinería de petróleos ó á plantar coles, para lo cual
 parece que despunta el genio de usted.

L. G. P.—

Andese usted con cuidado,
 cuando oficie de Tenorio;
 si repite usted la broma
 y se cuela osado como,
 se coló la noche célebre
 que pinta con alborozo,
 al comendador Ulloa
 hace tiempo que conozco
 y sé que gasta un geniazó
 de cuarenta mil demonios,
 y cónstele que me quedo
 al dar la cifra muy corto.
 Lo menos, pues, que ocurrirle
 puede, si le atrapa en otro
 gatuperio de esa clase
 es que le da un soplamocos,
 del cual no despierta usted,
 sino allá en el purgatorio.

S. D. G.—«Canción galante.»

«Yo me arrimé á tu ventana
 pensando que te vería,
 y ví unos morros de puerco,
 que eran los de tu mamá.»

¿A eso llama usted galantería? Por supuesto, que
 si se lo canta usted á la *interfecta*, quien se arrima es
 ella; es decir, le arrima la mano, y... ¡no es *morrá* la
 que le alumbrá!

A. S.—Se le manda el periódico. Le escribo.

B. M.: Nó.—R. C. E.: Nó.—J. G.: Nó.—P. P. y R.: Nó.
 —J. C.: Recibido está.—T. L.: Nó.—J. B. Ll.: Nó.—
 E. V. S.: Nó.—X. de la Y. Z.: Nó.—M. C.: Nó.—R. O. X.:
 Sí.—C. B.: Algo.—S. S. y F.: Nó.—E. S.: Nó.—A. F. D.:
 Nó.—Murciélago: Tampoco.

Y quedan muchas, pero muchas cartas por con-
 testar.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

LA SAETA

Semanario ilustrado

FUNDADOR D. PEDRO MOTILBA

TODA LA CORRESPONDENCIA Á HEREDERA DE PEDRO MOTILBA Y C.^a

Rambla del Centro, kiosco número 3

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.

Año. 11 »

Extranjero y Ultramar, un año. 17 »

Número corriente, 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis
 meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada
 mes.—Pago adelantado.

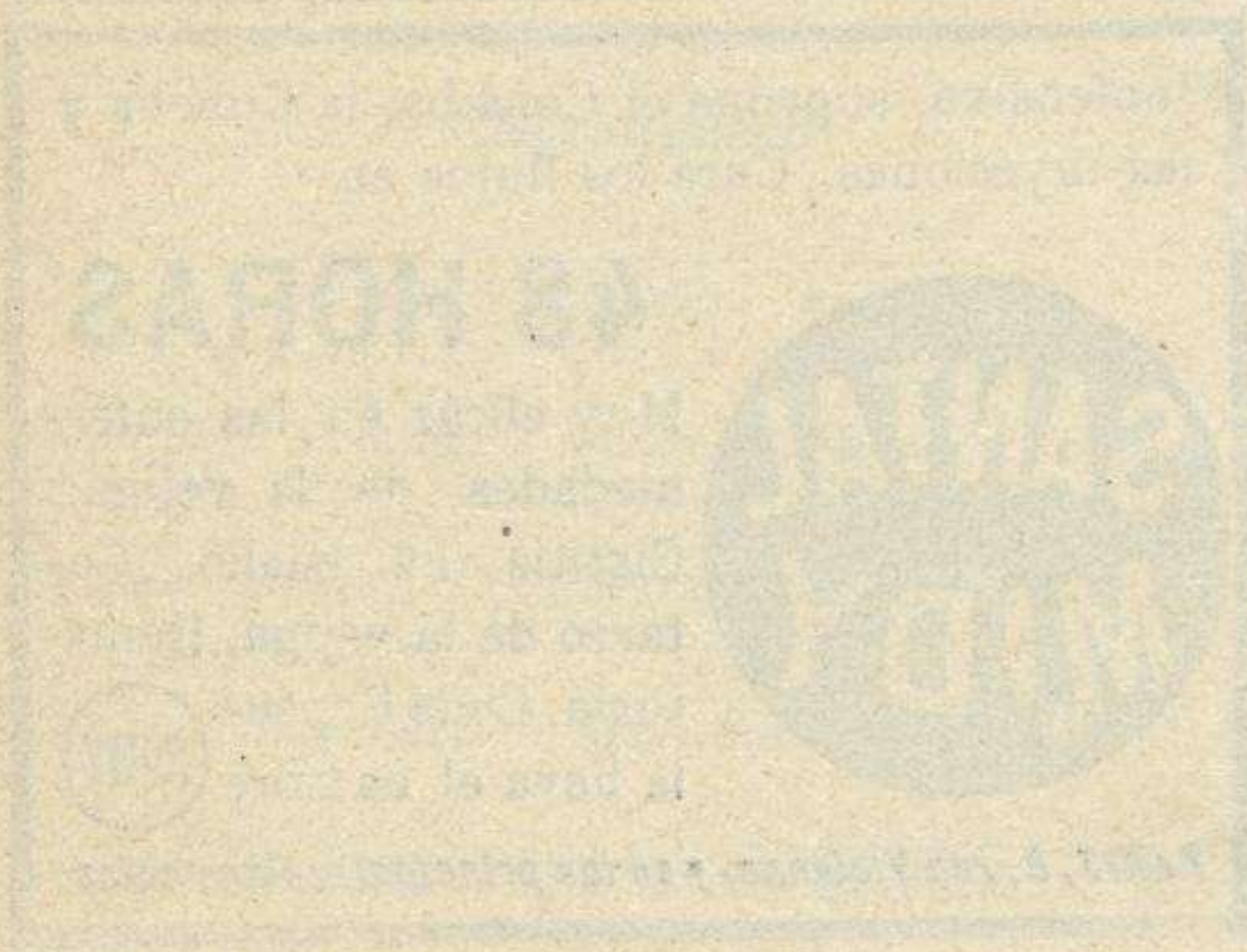
Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y
 las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS



Muy eficaz en las enfer-
 medades de la vejiga:
 Cistitis del cuello, Ca-
 tarro de la vejiga, Hema-
 turia. Cada Capsu-
 la lleva el nombre MIDY

PARIS, 8, rue Violonne, y en las principales Farmacias.

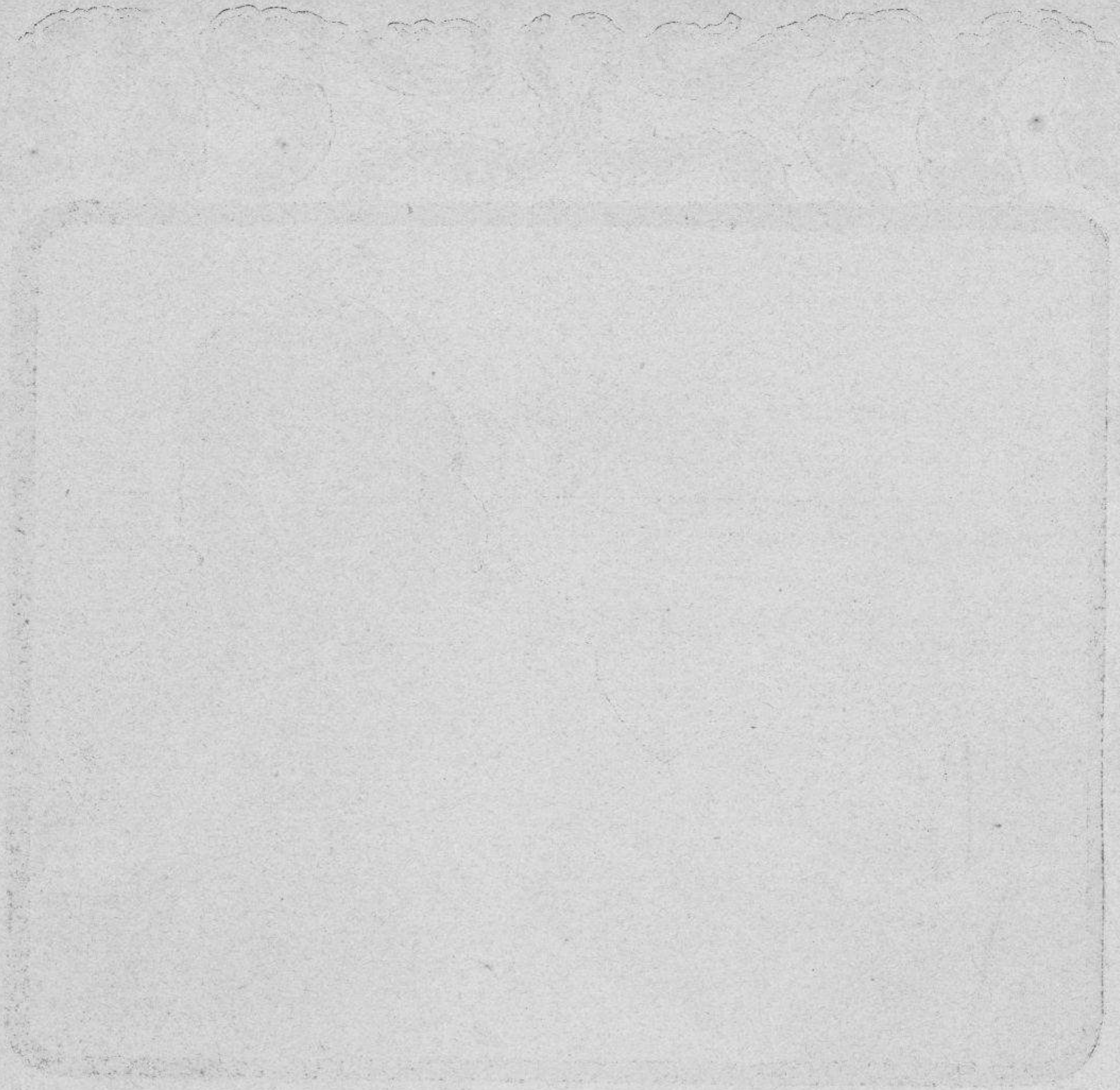




LA JAEETA

20 cents.

Núm. 494



AMERICAN